

de la Compañía, donde es reverenciada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, donde estuviesen mejor colocadas aquellas preciosas reliquias; Juan, duque de Altaemps, pidió y consiguió del papa el cuerpo de S. Aniceto, y mandando labrar una magnífica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro de mármol, donde es reverenciado con la mayor devocion; y el mismo duque hizo el elogio de nuestro santo pontífice en estas pocas palabras: *Si la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de la vida; si la gloria del martirio, bastan cada uno de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de S. Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron?*

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VÍRGEN.

La beata María Ana de Jesus, ornamento brillante de la reforma de la religion Mercenaria, honor y gloria inmortal de su patria, nació en la corte de Madrid, por enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago á 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque nobles por lo ilustre de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecía en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales, y otros ejercicios igualmente caritativos fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendiccion con que les enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Dios previene con sus bendiciones las almas dichosas que elige para sí, y aun en las acciones mas inocentes hace que ostenten los efectos de su gracia. Así se vió en la niña María Ana, la cual jamás se vió mancharse con aquellas propiedades infantiles, que son señales de la corrupcion de nuestra naturaleza, y piden toda la atencion de los padres. Recibia el alimento con tanta escasez y moderacion, que propiamente parecia un ayuno. Su quietud, su apacibilidad y la perpetua alegría que resplandecía en su rostro, al paso que acrecentaban la singular hermosura de que la habia dotado naturaleza, testificaban la paz y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, en las cuales se denotaban mas claramente las disposiciones del alma.



B. MARIA ANA DE JESUS V.

Llevábanla á la iglesia, y entonces advertian que se trasportaba al tiempo de la elevacion de la sagrada hostia; y sus inocentes ojos se fijaban con tanto amor en las imágenes de Jesus y de María, que desde luego se echaba de ver la gran devocion que habia de tener á la Madre de Dios, y cuan de cerca habia de seguir las huellas dolorosas de su Hijo crucificado. Al paso que iba creciendo, se iban verificando con mayor claridad y estension los anuncios de su santidad. Apenas tenia cumplidos los cuatro años, cuando ya admiraban en esta santa niña los ejercicios de la virtud mas sólida, en lugar de aquellos entretenimientos pueriles que suelen divertir los primeros años. Miraba á los pobres con ojos compasivos; y acreditando con las obras la ternura de su corazon, distribuía entre ellos, no solamente la comida que sus padres la daban, sino cuanto podia haber á las manos. Á los enfermos de su casa los alentaba con dulcísimas palabras á sufrir con paciencia los dolores; y cuando en compañía de su madre visitaba á los de afuera, su modestia y compostura producian el mismo efecto. Todo esto era causado del recogimiento y oracion que en aquella tierna edad observaba la santa niña; porque retirándose á los sitios mas apartados de su casa, la veian frecuentemente de rodillas delante de alguna imagen de Cristo crucificado, unas veces bañado el rostro en lágrimas, y otras cercado de resplandores, tan suspensa y anegada, que parecia estar privada de sus sentidos. Como Dios era su maestro, segun afirma la Santa en sus escritos, aprovechó tanto en la escuela del espiritu, que aun antes de llegar á los siete años experimentaba ya aquellas ilustraciones, visiones y regalos que suelen ser el fruto de muchos años de contemplacion, de fervor y de penitencia. El soberano Padre de las luces se la manifestaba con tanta claridad, que nada la dejaba que desear en órden á la inteligencia de los mas sublimes misterios. El de la Trinidad sacrosanta, el de la Encarnacion del Verbo divino, y la real presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristía se la manifestaban con tanta claridad, que apenas tenia lugar en ella la fe.

Efectos tan maravillosos eran una consecuencia de la docilidad con que se prestaba su corazon á la enseñanza de los maestros que la dirigian. Estos eran el divino Redentor, su Madre santísima, y el ángel custodio, de cuya visible presencia gozaba muchas veces. Además de las altísimas verdades, que la enseñaban, llenaban su corazon de inefables dulzuras, aficionándole al amor del Esposo de las vírgenes, y amaestrándola en la contemplacion de la bondad infinita. De tan soberanas instrucciones nacia un desprecio total de las cosas perecederas, y un amor y deseos fer-

vorosos de las eternas y divinas. Así toda su conversacion era de Dios: todas sus obras encaminadas al provecho y santificacion de sus prójimos; y todos sus deseos acrecentar mas y mas aquella caridad flagrantísima que abrasaba su corazon. Este no podia contener en si la grandeza y muchedumbre de afectos que producía la caridad; y así se derramaba, procurando introducirlos en las almas de sus hermanas y familiares de su casa, con dulces y eficaces razonamientos. A esto se llegaba una discrecion y dulzura para reprender las faltas que advertía, que lograba corregir sin exasperar, y todos los efectos del zelo verdadero, sin mezcla de las peligrosas consecuencias que produce el zelo falso. Adelantada María Ana tan prodigiosamente en la virtud, deseaba participar de aquellas gracias que la Iglesia no concedía todavía á sus tiernos años. Tal era la participacion de la sagrada Eucaristía, á cuya vista se exhalaba su alma en encendidos deseos. Sintiendo la santa niña en su espíritu una santa hambre del divino manjar, solicitó con lágrimas y ruegos que la hiciesen participante de la divina comunión. Sus padres oyeron con regocijo estas santas pretensiones; y comunicándolas con el párroco, tomó éste á su cargo el exámen del talento y disposiciones de la niña para llegarse á la mesa de los ángeles. A pocas diligencias advirtió un espíritu tan agigantado, un conocimiento tan claro de la alteza de los divinos misterios, una virtud tan superior á lo que prometian sus tiernos años, y una sed tan ardiente de probar las dulzuras de la fuente de vida, que no solamente condescendió con los santos deseos de María Ana, sino que quedó sorprendido al ver el alto grado de perfeccion á que habia subido en tan poco tiempo. Preparóse á la primera comunión con ejercicios sumamente fervorosos, y trasformada en un ángel, llegó á gustar la comida de ellos con singular consuelo de su alma. Quedó anegada en celestial dulzura, tanto que de allí adelante ella misma estimulaba á su madre á la frecuencia de sacramentos, no pudiéndola hallar jamás harta del manjar divino. Las consolaciones interiores que el Padre de misericordias la concedía eran tales, que á un tiempo avivaban en ella el deseo de recibir la Eucaristía, y la colmaban de complacencias en la dulzura interior que sentía con esta participacion. Hasta los once años la beata María Ana siguió disfrutando estas felicidades, y gozando de una vida la mas tranquila y regalada que se podia imaginar.

Pero Jesucristo, que hecho Esposo de sangre, como dice la Escritura, quiere que sus elegidos le sigan por el camino de los trabajos, dispuso que María Ana entrase en esta penosa carrera, y comenzase á hollar con sus tiernas plantas un sendero cubierto

enteramente de abrojos y de espinas. El primer golpe con que afligió el tierno corazon de la jóven María Ana fué la muerte de su madre, á quien se llevó para sí á darla el premio de sus grandes virtudes. Esta pérdida fué para la santa niña sumamente dolorosa; pero conociendo que nada se hace en este mundo que no esté sujeto á las sabias leyes de la divina Providencia, se resignó humilde en su divina voluntad: llevó con paciencia la dolorosa separacion de su madre, y con ayunos, penitencias y sufragos manifestó el amor que la tenia. Á este golpe se siguieron otros todavía mas amargos para una jóven, cuyo espíritu abstraído de las cosas terrenas, solo aspiraba á conseguir las celestiales. Su padre se casó en breve, dando á María Ana una madrastra áspera de condicion, que la maltrataba de palabras y de obra. Dióle el cielo dos hijas de ella, y el natural amor que debia tener á éstas, le hacia mirar con horror á la jóven María Ana. Su padre, deseando quitar á su mujer un motivo de desazon y de continuas rencillas, determinó casarla; y para este efecto la hacia usar de las galas con que suelen adornarse las doncellas. Sin embargo de que miraba con abominacion todo adorno que no se dirigiese á conciliar el amor del divino Esposo, condescendió con la voluntad de su padre, adornándose con modestia cristiana, y colocandose en Dios su esperanza, bien firme de que la divina misericordia dispondria las cosas de modo que se encaminasen á su mayor servicio.

Las prendas apreciables de honestidad, mansedumbre y hermosura de que estaba adornada la proporcionaron fácilmente un esposo en quien concurrían unas ventajosas cualidades para que la santa jóven contrajese con él un matrimonio honroso; y esto mismo daba calor á los deseos de su padre. La Santa conocia por una parte la obligacion que impone Dios á los hijos de mirar con respeto las paternales insinuaciones en orden á la eleccion de estado; pero por otra sentia en sí unas disposiciones muy contrarias. Miraba el matrimonio como un estado poco cómodo para la tranquilidad de espíritu y ejercicios de devocion, que tenían en su alma la preferencia; y se hallaba como una roca en medio del mar, combatida por todas partes de las furiosas olas de la contradiccion. No sabia con claridad cual fuese la voluntad de Dios en aquel punto, y como sola ésta era la regla de sus acciones, multiplicó los ayunos, las penitencias y la oracion, como seguros medios de investigarla. Postrábase en su secreto oratorio delante de una imagen de Cristo crucificado; y allí con suspiros fervorosos, lágrimas y gemidos que la salían del corazon, pedia á Dios se dignase de manifestarla cuales eran los designios de su sabiduría

para seguirlos, aunque fuese á costa de su misma vida. El misericordioso Dios, que tiene dada palabra de oír al justo que le invoca en el día de la tribulacion, oyó los gemidos de su sierva María Ana, y quiso confortar su lastimado corazon dándola á entender los designios de su voluntad.

Para este efecto se valió de uno de aquellos medios con que la infinita sabiduría hace que las cosas que parecen indiferentes logren la consecucion del fin premeditado. Oyó la Santa por casualidad un sermón que predicó el venerable padre Fr. Antonio del Espíritu Santo, del órden de S. Francisco, residente á la sazón en el convento de S. Bernardino, el cual dirigió por muchos años su espíritu. En aquel discurso ponderó el varón apostólico las escelencias y prerogativas de la virginidad, pintándola tan amable, que la sierva de Dios llegó á conocer que su divina Majestad la manifestaba de aquel modo su voluntad santísima. Consultó este hecho con aquel santo religioso, y convencida de que Dios la quería para que aumentase el coro de vírgenes, que siguen de continuo al Cordero sin mancha, hizo, con acuerdo de su confesor, voto de perpetua virginidad en la iglesia parroquial de S. Miguel de Madrid. Determinada ya á no conocer esposo terreno, procuró disimular su resolucion, contestando con santa prudencia á las continuas baterías que la daban para que acelerase su casamiento. Pero su santo propósito no pudo ocultarse por mucho tiempo: trajéronla unas dádivas y joyas preciosas con que la regalaba el que estaba elegido para esposo suyo. La beata María Ana las miró con desprecio; y considerando que no era ya justo entretener por mas tiempo las esperanzas de aquel jóven, ni permitir que viviese engañado su padre, declaró á éste como tenía hecho voto de virginidad, y que serian inútiles todos sus esfuerzos para hacerla mudar un pensamiento, que estaba cierta de que el mismo Dios se le habia inspirado. Esta declaracion, que se difundió entre la madrastra y los parientes, fué como una porcion de materias combustibles echadas en un voraz incendio. Aumentóse la persecucion; crecieron los malos tratamientos de la madrastra; multiplicáronse los combates y porfiadas diligencias de los parientes, que por bien ó por mal querian apartarla del voto que habia hecho. Su padre, mudado y no bien aconsejado, llevó á mal la determinacion de su hija; y presumiendo que el abatimiento y desprecio doblarian la firmeza de su corazon, despidió de su casa á la criada, y mandó que sirviese aquel oficio su hija. Con este motivo la obligaba la madrastra á hacer y rehacer los oficios mas despreciables y penosos, no dándose por satisfecha y contenta de nada que la Santa hacia. Por cualquiera cosa la trataba

mal de palabras, la abofeteaba y ejercitaba en ella las mayores inhumanidades. Privábala de la comida, la encerraba en un cuarto oscuro, sin desistir jamás de la pretension de que contrajese matrimonio.

Como María Ana se habia ejercitado desde niña en la escuela de Jesucristo, sabia que por un camino de tribulaciones y acerbos tormentos habia subido el Hijo de Dios á redimir al género humano, y á conseguir la gloria que le destinó su Eterno Padre por la muerte de cruz; y que el que se preciase de verdadero discípulo suyo, habia de seguir en todo sus pasos. Esta consideracion tranquilizaba su alma, y la llenaba de una fortaleza tan superior, que en medio de los baldones, de las bofetadas y todo género de persecucion y malos tratamientos, conservaba una paz en su corazon y una alegría en el rostro, que se echaba bien de ver que no era efecto de las fuerzas naturales, sino obra maravillosa de la gracia divina. Esto se vió en una resolucion que la Santa tomó sobre si misma, que llegó á consternar, aunque no á abatir la furia de sus perseguidores. Era la Santa de gentil disposicion de cuerpo, y acrecentaba la hermosura de su rostro una hermosa madeja de dorados cabellos, que contribuian no poco á mantener el ardiente amor que la tenia su destinado esposo. Un día, pues, tomando unas tijeras, se cortó el hermoso cabello, y con él las esperanzas del que la pretendia por esposa. Cuando la Santa se presentó á su padre y á su madrastra afeada de esta manera, se encendieron en cólera como tigres, y multiplicando las bofetadas, los golpes, dicterios y execraciones, cargaron sobre la santa jóven todo el tropel de injurias y malos tratamientos que es capaz de producir un encono infernal disimulado con la capa de zelo, de piedad y de paternal obediencia. En todas estas tribulaciones se mantuvo María Ana sumamente gozosa, considerándose en ellas verdaderamente discípula de Jesucristo. Este Señor la consolaba y fortalecía con frecuentes visiones espirituales en que la inundaba con torrentes de celestiales dulzuras. Pasó algunos años la sierva de Dios esta terrible prueba de su verdadero amor al Esposo inmaculado, hasta que satisfecho de la fineza de su amada esposa, hizo calmar la tormenta. Conocieron todos que era empeño vano resistir á los designios de Dios: ilustrado su entendimiento con soberanas luces, vió el padre de María Ana en su hija, no ya una voluntad rebelde á sus preceptos, sino una doncella elegida de Dios para hacer ostentacion de las maravillas de su omnipotencia. Igual persuasion se apoderó del corazon de su madrastra; y así determinaron abandonar su loco empeño y dejar á María Ana tranquila en sus santos ejercicios, venerando de